



# A

ACTUALIDAD



## Ciencia y fe, en armonía

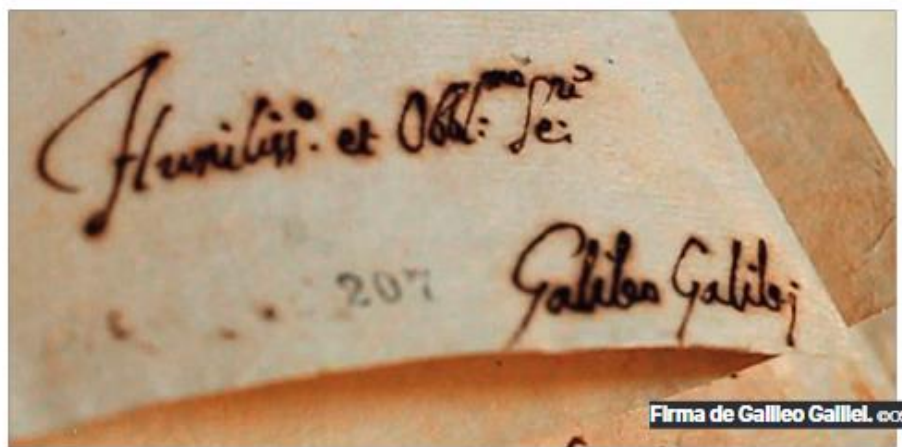
### Falsas premisas explican un conflicto aparente

La supuesta contradicción entre el progreso científico y la vivencia de la fe es, desde los albores del siglo XIX, uno de los “eternos debates” tanto en el ámbito académico como en la vida cotidiana. Llama la atención que, a medida que los avances científicos ganan en exactitud, la premisa científica del ateísmo pierde fuerza ante las

crecientes evidencias de que el mundo, sus leyes físicas y biológicas, etc., no pueden sostenerse sobre una explicación basada en la casualidad. La causalidad divina no sólo gana terreno sino que además otorga al ser humano una de las claves de la vida: la esperanza y la certeza de no ser mera materia sino fruto del querer de Dios.

# Las raíces del divorcio entre ciencia moderna y religión cristiana

La separación, o incluso, el aparente enfrentamiento entre fe y el progreso científico no tiene consistencia real. No hay más que ver las creencias de muchos de los mayores científicos de la historia y el impulso que su fe dió a su investigación científica. El “divorcio” moderno entre ciencia y fe deviene de un olvido, por parte de ambos, de las claves y premisas de su necesaria relación.



—TEXTO **Juan Arana**, *Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas*

La relación entre ciencia moderna y religión cristiana aparece rodeada de un halo de conflictividad que condiciona todo lo que se diga al respecto. Así lo ven quienes tienen la convicción de que hay algo fundamentalmente erróneo en una o en otra: los científicistas piensan que la ciencia moderna monopoliza la verdad, de manera que por fuerza habrán de ser falsas todas las religiones, salvo en todo caso una versión científica de ellas, como la “religión de la Humanidad” que intentó instaurar Augusto Comte en el siglo XIX. A su vez, hay cristianos que contraatacan recordando el nulo éxito de tales intentos: ven en la ciencia a lo sumo un puñado de verdades secundarias, que conviene atar corto para no absolutizarlas, tentación que siempre estaría acechando.

Yo he consagrado la mayor parte de mi esfuerzo a examinar la historia de las relaciones entre ciencia moderna y religión cristiana. Debo decir que estoy en desacuerdo con ambas dos posturas. No me baso en una simple corazonada: me he tomado la molestia de coordinar un grupo de especialistas para analizar la actitud pro-, anti- o a-religiosa de una selección de 160 figuras destacadas

en todos los campos del saber positivo desde principios del siglo XVI hasta finales del XX. Nuestras conclusiones son categóricas: durante el XVI, XVII y XVIII, prácticamente todos los creadores de la nueva ciencia fueron creyentes. No sólo fueron a la vez científicos y cristianos, sino que el trabajo que realizaron descansó casi siempre en motivaciones religiosas, de manera que consiguieron convertirse en investigadores de alto nivel porque eran cristianos (algo parecido cabe decir en general de los estudiosos de segundo y tercer nivel).

En el siglo XIX, época en la que la des cristianización de los intelectuales europeos (sobre todo de los filósofos) había avanzado muy significativamente, los científicos seguían siendo en su mayor parte hombres de fe: de nuestra selección, 22 sobre 32. Y los adscritos a la religión no fueron precisamente los menos representativos: entre ellos figuran nada menos que Gauss, Riemann, Pasteur, Fourier, Gibbs, Cuvier, Pinel, Cantor, Cauchy, Dalton, Faraday, Volta, Ampère, Kelvin, Maxwell, Mendel, Torres Quevedo y Duhem: lo mejorcito entre los matemáticos, astrónomos, físicos, químicos, biólogos, médicos e ingenieros de aquel tiempo.

Todos sabemos que en el siglo XX el desfondamiento espiritual se ha convertido en un

fenómeno de masas. Sin embargo, la opción religiosa sigue siendo la más frecuentada entre los grandes científicos: 16 de los 29 cuya afiliación no ofrece dudas. Una vez más, los cristianos no suponen en modo alguno un grupo marginal: Planck, Born, Heisenberg, Jordan, Eddington, Lemaitre, Dyson, Dobzhansky, Teilhard de Chardin, Lejeune, Eccles...

## Ilustración y secularización

Los datos siempre son interpretables; podemos presentarlos de una manera o de otra y darles todas las vueltas que queramos. No obstante -sofismas y retóricas aparte- es difícil evitar las siguientes conclusiones:

1°. La ciencia moderna nació y creció en la Europa cristiana y no precisamente por obra de minorías disidentes, sino de la mano de personas firmemente aferradas a esa tradición (Copérnico, Képler, Galileo, Descartes, Huygens, Boyle, Bacon, Newton, Leibniz, etc. etc.).

2°. No hay una única “Ilustración”, es decir, un solo movimiento decidido a impulsar el desarrollo de la razón y mejorar la humanidad mediante el libre uso de las facultades intelectuales de acuerdo con un ideal emancipatorio. Bien es cierto que hay una *ilustra-*

PASA A PÁGINA B →

→ VIENE DE PÁGINA 7

*ción antirreligiosa* (la de Diderot, La Mettrie, d'Holbach o Helvetius) y también una *ilustración anticristiana* (la de Voltaire, d'Alembert, Federico II o Condorcet). Pero junto a ellas existe también otra *ilustración cristiana*, la única que llevó a su definitiva madurez la ciencia moderna, tanto dentro del ámbito hispano (Feijóo, Mutis, Jorge Juan...), como fuera de él (Needham, Spallanzani, Maupertuis, Euler, Herschel, Priestley, Boerhaave, Linneo, Réaumur, Galvani, von Haller, Lambert, Lavoisier...)

3º. El proceso de secularización que tiene lugar en el mundo occidental a lo largo de la modernidad *en modo alguno fue causado* por el auge de la nueva ciencia, sino más bien *retardado* por ella. El colectivo científico, tanto en el ámbito de los grandes creadores como en el de los modestos obreros del saber, fue siempre (y hoy en día lo sigue siendo) *más piadoso* que su entorno social.

4º. Si queremos encontrar causas *históricas* y *sociológicas* del proceso moderno de secularización (dejando por el momento a un lado las específicamente *espirituales*), hay alternativas mucho más creíbles que atribuirlo al desarrollo de la racionalidad científica. La primera de todas ellas: la división de las iglesias cristianas tras la reforma protestante y el escándalo de las subsiguientes guerras de religión. Paul Hazard y otros muchos han subrayado las *crisis de conciencia* que se produjeron en todos los países donde la pérdida de unidad religiosa socavó las bases mismas de la convivencia social (muy particularmente, en Francia, Inglaterra y Alemania). Una anécdota entre un millón ilustra el fenómeno: en 1689 Leibniz atravesaba la laguna veneciana. Los barqueros (que no contaban con que aquel alemán comprendiera italiano) planearon asesinarlo, ya que, tratándose de un hereje, no veían nada malo en ello: más bien una acción tan loable como lucrativa. Leibniz salvó la vida sacando del bolsillo un rosario e iniciando su rezo, práctica que disuadió a aquellos rufianes de sus perversas intenciones: a la sazón la historia del buen samaritano no se contemplaba como modelo a seguir.

La descristianización de filósofos, literatos e intelectuales estuvo íntimamente conectada con la pérdida de un suelo religioso común. Es trágica la impotencia que mostraron para remediar los innegables males que aquejaban a la Iglesia y evitar la fragmenta-

ción de la Reforma en innumerables confesiones. De nuevo lo ilustro con un ejemplo: el grito desesperado de Erasmo de Rotterdam ante la incapacidad de sus contemporáneos para hermanarse en torno a los misterios de la fe, en lugar de exacerbar los odios: *"Hemos definido demasiadas cosas que hubiéramos podido ignorar o pasar por alto sin poner en peligro nuestra salvación... Nuestra religión es esencialmente paz y concordia. Pero éstas no podrán existir mientras no nos resignemos a definir la menor cantidad posible de puntos y no dejemos a cada uno su libre juicio en muchas cosas. Ahora se ha aplazado una gran cantidad de cuestiones hasta el concilio ecuménico. Sería mucho mejor aplazarlas hasta el momento en que el espejo y el enigma sean descubiertos y veamos a Dios cara a cara"*.

Resulta patético el fracaso de los teólogos de la época. Se mostraron inviables o catastróficas las soluciones propuestas por los filósofos puros, tales como definir una religión meramente natural, apaciguar los ánimos a base de pura y simple "manga ancha" o buscar valores alternativos seculares para cimentar la vida individual y colectiva. En comparación, los adelantados de la nueva ciencia tuvieron una actitud mucho más constructiva y eficaz: se aferraron a los artículos capitales de la fe sin pretender desvirtuarlos ni convertirlos en arma arrojadiza contra el prójimo. Juzgaron —con pleno acierto— que la tarea de descifrar los enigmas del universo fomentaba la piedad, remediaba las miserias materiales de la existencia y, no en último lugar, unía las almas en lugar de sembrar la discordia.

Es llamativo el ecumenismo que desde primera hora mostraron estos personajes: un ecumenismo de buena ley, que no se basaba en el rechazo de los dogmas objeto de controversia, sino en el empeño de agregar nuevas verdades en el terreno de los preámbulos de la fe, las cuales alimentaban la admiración hacia el poder y sabiduría de Dios, al tiempo que aumentaban el respeto hacia el hombre, la criatura más excelsa del universo. Hay ejemplos verdaderamente conmovedores en este sentido: el canónigo Copérnico permaneció fiel a la Iglesia católica en medio de las turbulencias; sólo se decidió a publicar su gran obra astronómica por la insistencia de su obispo, la dedicó al Papa reinante (quien supo apreciar el detalle), se valió para ponerla a punto de los servicios de Rético, un joven astrónomo reformado, y encontró editor en

la luterana Nuremberg. No hubo mayor problema para que las autoridades teológicas locales autorizaran la impresión del libro que un católico polaco ofrendaba al pontífice romano. Es llamativo que el también católico Descartes viviera y compusiera su gran obra científica en la protestante Holanda, o que el luterano Kepler estuviera siempre al servicio de monarcas católicos.

### Bajo mecenazgo católico

No fueron casos aislados: las primeras academias de ciencias europeas sirvieron de refugio para minorías religiosas perseguidas. Y por cierto no había detrás una actitud indiferente hacia la religión: Descartes mantuvo cordialísima correspondencia con Isabel de



Bohemia, princesa que había dado lugar a la terrible Guerra de los 30 años. Cuando aquélla osó atacar de soslayo las convicciones del matemático y filósofo francés (mencionando un caso de conversión al catolicismo supuestamente por interés), éste reaccionó con tanta firmeza como tacto: "No puedo negaros que me sorprendió saber que vuestra Alteza se haya incomodado [...] por algo que la mayoría de las gentes hallarán bueno [...]. Porque todos aquéllos de la religión a que yo pertenezco (que son, sin duda, la mayoría en Europa) están obligados a aprobarlo, incluso aun cuando vieran circunstancias y motivos aparentemente reprobables; porque nosotros creemos que Dios se vale de diversos medios para atraer a las almas a sí, y que aquél que

*entró en el claustro con mala intención, después ha llevado una vida en extremo santa. En cuanto a los que son de otra creencia, [deben considerar] que no serían de la religión que son si ellos, o sus padres, o sus antepasados, no hubieran abandonado la romana, [de manera que no] podrán llamar inconstantes a los que abandonan la de ellos".*

El ya mentado Leibniz no sólo fue bien recibido cuando visitó el Vaticano, sino que se le ofreció la dirección de su biblioteca si retornaba a la fe ancestral. Leibniz desechó la oferta, porque no le parecía bien cambiar de religión por una ventaja mundana, pero, sobre todo, porque estaba trabajando intensamente (primero con el obispo Rojas Spinola y luego con Bossuet) para lograr la

reunificación de luteranos y católicos en un concilio ecuménico, el cual no llegó a celebrarse a pesar de contar con el apoyo papal, debido a que contrariaba los intereses del rey de Francia, Luis XIV.

Este último ejemplo nos lleva al punto crucial: los conflictos que se produjeron entre instituciones eclesiásticas y estudiosos de la naturaleza, como los casos de Galileo y la inquisición romana, o el de Miguel Servet y Calvino.

### El "caso" Galileo

Toneladas de tinta han vertido para glosarlos (sobre todo el primero de ellos) y para sentar la tesis de una pugna inevitable entre la instancia religiosa y la científica. Es imposible discutirlo ahora a fondo, pero conviene hacer algunas puntualizaciones en las que concuerdan la práctica totalidad de los estudiosos serios. En primer lugar, fueron eventos muy puntuales, tanto en la Iglesia católica como en las restantes confesiones cristianas.

La historiografía de orientación positivista/cientificista del siglo XIX (así como las secuelas que ha tenido hasta hoy en todos los que escribieron obedeciendo consignas o mediatizados por la ideología) tomó el contencioso de Galileo como bandera para evidenciar una supuesta guerra (desde luego, no "santa") entre ciencia y religión. Es la más abusiva forma de efectuar una inducción que yo conozca: se salta directamente del uno al infinito. Para que hubiera tal guerra, debería poder alargarse la lista de científicos de renombre (incluso simplemente de solvencia) oprimidos por las tesis científicas que defendieron. Simplemente a título de contextualización conviene recordar que a lo largo de ese mismo siglo XVII la nómina de científicos famosos, *solamente dentro de la orden jesuítica*, incluye entre otros los siguientes nombres: Stéfano degli Angeli, Jacques de Billy, Michal Boym, José Casani, Paolo Casati, Louis Bertrand Castel, Albert Curtz, Honoré Fabri, Francesco Maria Grimaldi, Bartolomeu de Gusmão, Georg Joseph Kamel, Eusebio Kino, Athanasius Kircher, Adam Kochanski, Antoine de La-loubère, Francesco Lana de Terzi, Théodore Moretus, Ignace-Gaston Pardies, Jean Picard, Franz Reinzer, Giovanni Saccheri, Alfonso Antonio de Sarasa, Georg Schönberger, Jean Richaud, Gaspar Schott, Valentin Stansel o André Tacquet.

Además, está el hecho incontrovertible de

PASA A PÁGINA 10 →



→ VIENE DE PÁGINA 9

que tanto Galileo como Servet eran, al mismo tiempo que *hombres de ciencia, hombres de fe*, tan apegados (o más) a sus propias convicciones religiosas como los que les condenaron. En tercer lugar, investigaciones más recientes y acreditadas, como las de Shea y Artigas, han establecido fuera de toda duda que estas "persecuciones" tan concretas y limitadas obedecieron a consideraciones tácticas relacionadas con el ejercicio del poder y la estrategia política, cuando no pura y sim-

plemente a enconos personales. Los miembros de la Iglesia, incluso en las más altas esferas, nunca han estado libres de vicios y pecados, y más en una época como aquella, en la que los principales jerarcas ostentaban un poder y riqueza del que por fortuna (mejor sería decir: *providencialmente*) fueron despojados con el correr del tiempo. No obstante, conviene decir que durante el despegue de la modernidad pecaron con mucha más frecuencia y gravedad contra las exigencias de la religión a la que se debían, que contra los intereses de la cultura, el arte o la ciencia.

En resumidas cuentas, sostener a partir del proceso a Galileo (por muy lamentable que fuera) una presunta hostilidad de la Iglesia a la nueva ciencia sería más o menos como pretender que los Estados Unidos se oponen a la física, dado que sus dirigentes montaron una especie de juicio al padre de la bomba atómica, Oppenheimer, para cuestionar su patriotismo.

Queda en pie la tesis de que la ciencia moderna, nació y prosperó con el aliento e inspiración de individuos que en una proporción abrumadora eran fervientes cristianos. ¿Fue una casualidad? No lo creo. A fines de la Antigüedad los sabios paganos de Alejandría podrían muy bien haber iniciado la senda que mil años después fue recorrida por los cristianos de Occidente. Pero no lo hicieron. ¿Por qué? Cabe alegar varias razones convergentes:

1. Al desprecio olímpico del trabajo manual del que hacían gala griegos y romanos, se opuso el principio "el que no trabaje, que no coma", formulado por Pablo de Tarso, apóstol de la nueva fe mientras fabricaba con sus propias manos tiendas de campaña. El cristianismo apadrinó desde sus mismos inicios todas las ocupaciones honestas. Desde el esclavo o el labrador hasta el rey, todos podían encajar dentro de él.

2. Los paganos no concibieron nunca un *plus ultra* del universo: sus mismas deidades eran cósmicas. Una condición de posibilidad imprescindible para que surgiera la ciencia era la *desmitificación del universo*, esto es, el sometimiento de la naturaleza a una legalidad superior. Aunque tardaran quince siglos en completar la tarea, fueron los cristianos los primeros en lograrlo y sacar las oportunas consecuencias.

3. Frente a las concepciones cíclicas del tiempo, dominantes en las primeras civilizaciones europeas y en las culturas exóticas,

la ciencia moderna precisaba partir de una concepción lineal. También fueron los cristianos quienes la aportaron.

4. La noción de *ley natural* es imprescindible para el despliegue de la nueva ciencia. La idea de un Dios trascendente, creador y legislador fue la matriz de la que surgió.

5. Ya los pitagóricos habían concebido el mundo en función de formas y estructuras matemáticas. No obstante, la mayor parte de las ecuaciones matemáticas resultan demasiado complejas para que la mente humana sea capaz de resolverlas. Indudablemente Dios podría haber creado un universo mucho más complicado que éste, pero entonces sobrepasaría nuestra capacidad de comprensión. También otro más perfecto desde el punto de vista mecánico, pero entonces sería inhabitable. No es la menor aportación de la religión haber suscitado en los investigadores la convicción de que el mundo es relativamente sencillo de entender, a pesar de que posee la complejidad suficiente para albergar seres tan sofisticados como nosotros.

Si la historia que he contado fuera verídica, ¿por qué son minoría hoy en día los científicos cristianos? El motivo es bastante sencillo: el nacimiento de la nueva ciencia requirió un temple intelectual y anímico que solamente el cristianismo supo aportar. Una vez puesta en marcha y comprobadas sus enormes virtualidades, ya no resultó tan necesario estar imbuido del espíritu fundacional. Fuera de los grandes creadores, los hombres de ciencia no son de una pasta especial: hijos de su tiempo, en general comparten los valores y creencias dominantes. Tan solo son algo más esforzados, más realistas, menos cínicos y desencantados que la media de sus contemporáneos: esa es la herencia que queda de las raíces cristianas de la ciencia, herencia que sin embargo podría acabar de perderse si la presente civilización persiste en el nihilismo que genera su alejamiento de Dios. No menos triste es que muchos cristianos se hayan despegado de la ciencia como si fuera algo extraño u hostil a ellos. Sólo lo explica la ignorancia de cómo nació esta magna empresa y cuál sigue siendo su vocación profunda. ¿Cómo superar ese extrañamiento? Sacudiéndose la indolencia y asumiendo de una vez por todas las exigencias que se derivan de comprometerse con Cristo. ■

**Durante el XVI, XVII y XVIII, prácticamente todos los creadores de la nueva ciencia fueron creyentes. No sólo fueron a la vez científicos y cristianos, sino que el trabajo que realizaron descansó casi siempre en motivaciones religiosas**

**No menos triste es que muchos cristianos se hayan despegado de la ciencia como si fuera algo extraño u hostil a ellos.**

## Nicholas Spencer: “La ciencia como la religión pueden contribuir a una comprensión de lo humano”



Entrevista con el miembro de *Theos Think Tank* y autor de *Magisteria: The entangled histories of science and religion*

Nicholas Spencer, doctor por la universidad de Cambridge, es uno de los expertos en religión y sociedad más conocidos en Reino Unido. Uno de sus grandes intereses es la compleja relación histórica entre la fe y la ciencia.

—TEXTO Paloma López

Nicholas Spencer es miembro de *Theos Think Tank*, un grupo de expertos en religión y sociedad que busca estimular el debate público a través de la investigación. Además, tiene un grado en Historia Moderna e Inglés, de la Universidad de Oxford, y es doctor en Filosofía por la Universidad de Cambridge.

Es autor de diversos libros y artículos. El último de ellos, *Magisteria: The Entangled Histories of Science and Religion*, por ahora solo está disponible en inglés y se publicó el 2 de marzo de 2023. En él habla sobre la relación histórica entre la ciencia y la religión, que es mucho más compleja de lo que permite entender el mito popular.

La opinión de Nicholas es que la relación entre ciencia y religión “*va a convertirse en la cuestión más importante de nuestro siglo, porque la ciencia es cada vez más capaz de rediseñar la naturaleza humana*”. Considera que algunos avances, como puede ser la famosa herramienta *Chat GPT*, “*son piezas de desarrollo mucho más grandes que el espacio que tenemos para la reflexión ética sobre ellas. Y esa es una cuestión religiosa, porque se remonta a la idea de lo humano*”.

Dada su amplia experiencia en la investigación sobre temas relacionados con la ciencia y la fe, en esta entrevista habla sobre cuestiones como los límites entre una y otra, su vínculo con la política o las posibles consecuencias futuras de los grandes avances que se están dando en la actualidad.

**¿Cómo nos ayudan la ciencia y la religión, cada una a su manera, a responder a la pregunta de quiénes somos?**

—Para responder a esto hay que volver a lo que son la ciencia y la religión, y ambas son entidades muy delicadas. La ciencia es un intento de obtener una comprensión objetiva, o al menos neutral, del mundo material. Los humanos somos seres materiales, así que la ciencia es un intento de entendernos de esa forma.

Pero los humanos también somos com-

plejos. Somos personas, en el sentido de que nuestra complejidad emergente ha producido en nosotros algo que podría llamarse alma. Recurrimos naturalmente al lenguaje del alma, para intentar explicar la dimensión personal emergente de la naturaleza humana. Y la religión, por decirlo negativamente, es parasitaria de esa dimensión. En términos más positivos, la religión es uno de los ámbitos, probablemente el más destacado, en el que nos relacionamos unos con otros y con la realidad a nivel personal.

Uno de los argumentos para ello es que hay que entender a los seres humanos en múltiples niveles. Si sólo se nos entiende con métodos científicos, como organismos materiales, se acaba deshumanizándonos. Si sólo nos entendes como “seres espirituales”, ignorarás nuestra presencia material, de vital importancia.

Por eso, tanto la ciencia como la religión pueden contribuir positivamente a una comprensión completa de lo humano.

**¿Podemos tener una visión realmente positiva del progreso sin los conceptos religiosos de ser humano y dignidad o sin el sistema moral que implica la existencia de una Providencia?**

—El progreso depende naturalmente de algún tipo de teleología, de algún tipo de meta. Sólo se puede progresar si se tiene algo hacia lo que progresar.

Ahora bien, creo que es posible tener formas de progreso completamente desprovistas de cualquier marco religioso o espiritual, o incluso moral. Por ejemplo, ¿es mejor tener menos dolor físico que más dolor físico? Y si se avanza hacia que haya menos dolor físico, eso es un tipo de progreso. Así que no creo que la idea misma de progreso dependa totalmente de tener un marco moral o espiritual. Se puede progresar en términos puramente seculares.

Sin embargo, creo que, por ser el tipo de criaturas que somos, también ansiamos una forma de progreso moral y espiritual.

**Nuestra civilización occidental ha pro-**



Nicholas Spencer. ©Theos Think Tank

**gresado increíblemente a lo largo de los siglos, tanto en ciencia como en religión. ¿Existe alguna correlación entre estos dos ámbitos que pueda explicar este progreso?** —Sin duda, la ciencia, como tecnología e ingeniería, ha transformado la faz de la tierra y la vida humana en un periodo de tiempo relativamente corto. Y el mundo es abrumadoramente religioso, y probablemente lo será más, en el siglo XXI.

Ahora bien, la política tiene muy mala fama hoy en día, pero probablemente sea más importante que la ciencia o la religión como vehículo de progreso. Un ejemplo de ello es la erradicación de la enfermedad del cólera en el siglo XIX. La comprensión científica de la enfermedad y el deseo humanitario de erradicarla, que a menudo procedía de un impulso religioso, se coordinaron a través del gobierno y el Estado, a través de la política, y entonces el cólera se erradicó por completo.

Tanto la ciencia como la religión contribuyen, pero muy a menudo requieren coordinación pública a través de la política para lograr ese progreso.

**Ha hablado en ocasiones de ciertas revoluciones científicas que tenían una base teológica. ¿Cómo se entrelazan la ciencia y la religión sin pisarse la una a la otra?**

—Hay que tener en cuenta que la ciencia y la

religión, tal y como las entendemos hoy, son términos bastante modernos. Si retrocedemos unos doscientos años, la gente hablaba de ciencia y religión, pero no lo hacían como lo hacemos nosotros.

En el Reino Unido, hasta mediados del siglo XIX, existía un solapamiento muy importante, desde el punto de vista social, conceptual e intelectual, entre la ciencia y la religión. Una de las razones por las que había tensión y conflicto entre la ciencia y la religión en esta época eran los dos magisterios diferentes, que estaban socialmente distanciados. Y desde entonces la cuestión ha sido cuál es la relación entre ciencia y religión. Algunos sostienen que son magisterios totalmente separados, uno se ocupa de los hechos y el otro de los valores. Por lo tanto, no pueden superponerse.

Mi argumento es que en un área muy importante se solapan, y es en lo referente a nosotros, los seres humanos. Cuando se trata de nosotros, no es tan fácil distinguir entre hechos y valores. Así pues, la tensión actual proviene de la perspectiva de que, en determinadas cuestiones, tanto la ciencia como la religión tienen un papel muy pertinente que desempeñar. Y eso requiere una negociación cuidadosa. No basta con decir que están separadas. Cuando hablamos de inteligencia

artificial o ingeniería genética, aborto o prolongación de la vida, todas estas cosas son cuestiones científicas importantes en nuestro siglo. Pero también se está entrometiendo en la idea de lo que significa ser humano, y esa es una cuestión profundamente religiosa.

**¿Por qué escribió su libro *Magisteria: The entangled histories of science and religion*? ¿Cuál era la idea que había detrás?**

—Llevo unos quince años trabajando en temas de ciencia y religión. Soy muy consciente de que la opinión pública por defecto es que ambas están en conflicto y que, históricamente, siempre lo han estado. Se trata de una narrativa que nace de finales del siglo XIX, de un periodo de tensión, y en particular de historias muy influyentes acerca de la ciencia y la religión que sostenían que la relación entre ambas ha sido durante mucho tiempo un conflicto perpetuo.

En el mundo académico, la disciplina de la historia de la ciencia y la religión es relativamente nueva. El mundo académico ha dado un vuelco total a esa imagen, demostrando que la relación es mucho más compleja y mucho más positiva de lo que admite el mito popular. Pero nunca se ha filtrado al gran público. Hace unos años hice una serie en la BBC contando la historia, y *Magisteria* fue el

PASA A PÁGINA 14 →

→ VIENE DE PÁGINA 13

libro que se publicó a raíz de ella.

**Hace siglos, muchos científicos eran cristianos, pero hoy en día, muchos de los nombres más populares en las áreas científicas se declaran ateos. ¿Cómo explicaría este cambio?**

—No es que los científicos hayan dejado de ser religiosos, sino que la sociedad es mucho menos religiosa. La tendencia general es que la proporción de científicos religiosos es aproximadamente igual a la proporción de personas religiosas en el país. O más exactamente, es aproximadamente igual a la proporción de personas religiosas de la clase socioeconómica de la que proceden los científicos. En términos generales, los científicos de una sociedad son tan religiosos como la propia sociedad.

**Usted forma parte de un proyecto llamado *Theos Think Tank*. ¿Por qué nació esta unión de expertos en religión y sociedad? ¿Cuál es su finalidad?**

—Somos un grupo de reflexión cristiano, llevamos ya diecisiete años funcionando. Fuimos fundados con el apoyo del arzobispo de Canterbury y del arzobispo católico de Westminster, pero no estamos afiliados a ninguna confesión en particular. Existimos para contar una historia mejor sobre el cristianismo, concretamente sobre la fe en general, en la vida pública contemporánea.

Mejor en dos sentidos. Mejor en el sentido de más precisa, ya que la investigación está en el centro de lo que hacemos; pero también mejor en el sentido de más atractiva y coherente. **A través de *Theos* ha hablado de la relación que existe entre belleza, ciencia y religión. ¿Qué puede decirnos de esta correlación entre los tres elementos?**

—Aquella investigación formaba parte de un proyecto más amplio que inició la Universidad Católica de América. Yo hice una pequeña parte de la investigación en el Reino Unido, porque me interesaba especialmente la estética.

La regla general es que existe cierta resonancia profunda entre lo verdadero y lo bello. Algunos investigadores famosos sí piensan que la belleza es una guía hacia la verdad. Eso tiene mucha resonancia, pero en algunos científicos más que en otros. Los físicos son más propensos a decirlo. Y también depende de una comprensión particular de la belleza, que es estéticamente un poco cuestionable. Trata la belleza como sinónimo de elegancia, simplicidad y simetría. Y muchos teóricos de

la estética creen que esa no es una definición especialmente acertada de la belleza.

Así que la investigación fue un intento de saber cuánta repercusión tiene esta idea. Y la respuesta es que había alguna, pero muy matizada. La belleza puede utilizarse como heurística en los esfuerzos científicos, pero sí es así, hay que manejarla con sumo cuidado.

**¿Cuál es nuestra responsabilidad como cristianos ante la ciencia?**

—La respuesta corta es celebrar y apoyar. La respuesta larga es atender con cuidado, porque en cierto sentido no existe la ciencia, existen los científicos. Y hay momentos en la historia en que los cristianos se han opuesto firmemente a la ciencia y se han equivocado totalmente. Y hay otros momentos en los que tenían toda la razón. Así que la respuesta más larga es examinar con cuidado porque no toda la ciencia es igual.

**¿Cree que la religión sirve para marcar los límites de la ciencia? ¿Son necesarios estos límites?**

—Lo primero que hay que decir es que se puede limitar absolutamente la ciencia sin religión, y hay ejemplos de sociedades ateas que limitaron la ciencia. Del mismo modo, hay innumerables comités de ética en todo el mundo que cuestionan y ponen límites a la práctica de la ciencia hoy en día.

En términos generales, estoy muy a favor de investigar a través de la ciencia. Los límites deben estar en cómo lo hace uno, más que en el hecho de hacerlo. Y luego lo que es crucial son los límites en el uso de lo que uno hace con la información que adquiere.

**Usted es una persona con una amplia perspectiva en lo que se refiere al diálogo entre religión y ciencia. Conociendo todos los avances que se están produciendo, ¿siente esperanza o miedo, cuando piensa en el futuro?**

—Esa pregunta casi siempre se responde sabiendo qué tipo de persona eres. No soy optimista por naturaleza, por lo tanto no soy optimista sobre el futuro, pero eso dice más de mí que del porvenir.

Pero para ser más preciso, no me preocupa que la inteligencia artificial llegue a ser consciente y sensible. Lo que me preocupa es la forma en que la IA será utilizada por actores nefastos que deseen manipular la realidad. No me preocupa tanto lo que las nuevas tecnologías puedan hacernos, sino lo que otros seres humanos puedan hacernos con las nuevas tecnologías. ■

“En determinadas cuestiones, tanto la ciencia como la religión tienen un papel muy pertinente que desempeñar. Y eso requiere una negociación cuidadosa”.

“Tanto la ciencia como la religión pueden contribuir positivamente a una comprensión completa de lo humano”.

“El progreso depende naturalmente de algún tipo de teleología, de algún tipo de meta. Sólo se puede progresar si se tiene algo hacia lo que progresar”.

**Nicholas Spencer**  
DOCTOR EN FILOSOFÍA

## “El gran vuelco” La ciencia, ¿da la razón a Dios?

**Nunca hubo tantos descubrimientos científicos como en los siglos XX y XXI. Estos avances han vuelto a poner sobre la mesa la existencia de un Dios creador, aseguran Michel-Yves Bolloré y Olivier Bonnassies en su libro *Dios. La ciencia. Las pruebas. El albor de una revolución*.**

—TEXTO *Francisco Otamendi*

“El gran vuelco”, llaman a este fenómeno los ingenieros Michel-Yves Bolloré y Olivier Bonnassies, ambos empresarios, que han vendido en su país 250.000 ejemplares de una investigación de cuatro años, plasmada en casi seiscientas páginas sobre las pruebas científicas de la existencia de Dios, que no ha dejado a nadie indiferente.

Un gran vuelco en el ámbito científico, porque durante cuatro siglos, de Copérnico a Freud, de Galileo a Darwin, los descubrimientos científicos se acumularon, dando la impresión de considerar el campo científico incompatible con todo tipo de debate acerca de la existencia de Dios, aseguran Bolloré y Bonnassies.

Sin embargo, los avances científicos desde principios del siglo XX suponen “el crepúsculo de esta tendencia materialista que parecía irresistible, y han supuesto un vuelco completo respecto a la tendencia de los siglos anteriores”, señalan los autores, porque “el materialismo parecía haber triunfado intelectualmente”.

“Sorprendentemente, el péndulo de la ciencia ha vuelto a oscilar en la otra dirección”, añaden. “Se han ido sucediendo más y más descubrimientos, como la muerte térmica del Universo y su inicio con el Big Bang (Gran Explosión); la teoría de la relatividad elaborada por Einstein y validada por numerosas confirmaciones; el ajuste fino del Universo, al evidenciar la biología la necesidad de ese ajuste suplementario, que permitió que se pasara de lo inerte al mundo vivo; etcétera”.

Con expectación, varios países europeos

han acogido diversas presentaciones del libro de Michel-Yves Bolloré y Olivier Bonnassies. Pocas fechas antes, el empresario y presidente de EWTN España, José Carlos González-Hurtado, publicaba también un libro sobre posibles evidencias científicas en la existencia de Dios.

La conversación de Omnes con Michel-Yves Bolloré y Olivier Bonnassies tuvo lugar en la Asociación de la Prensa de Madrid. Lo primero fue indagar sobre la génesis del libro, que siempre ayuda a entender, sin dejar de aludir a la Francia laica, a la Revolución francesa, o a los considerados ateos.

### Los antecedentes

“Cuando tenía 20 años no era creyente”, explica Olivier Bonnassies. “Estaba haciendo estudios de Ciencias, y entonces creía que el objetivo de la vida era el éxito, ganar mucho dinero y disfrutar, y fundé varias empresas. Al principio estaba contento, creía que tenía todo lo que siempre había deseado, pero no llegaba a sentir la satisfacción que habría esperado. Y empecé a plantearme preguntas como qué hacemos aquí, hacia dónde vamos...”.

En ese tiempo, añade Bonnassies. “recibí un libro de un católico convencido donde se exponían todas las razones por las cuales es razonable creer en Dios, y tomé ese libro decidido a encontrar donde estaba su fallo, pero nunca lo encontré. Y poco a poco empecé a creer. A continuación, organicé varios proyectos como Nazaret o Aleteia, con Jesús Colina, y también Michel-Yves nos ayudó en estos proyectos”.

“Más adelante”, prosigue, “en el año 2013, grabé un video de 47 minutos de duración, con pruebas racionales de la existencia de Dios, que tuvo más de dos millones de visitas. Michel-Yves fue una de

las primeras personas en visualizar el video entero, y me dijo: ‘Está bien pero creo que lo podemos mejorar. Ven a verme’. Fue entonces cuando tuvimos la idea de escribir este libro”.

Por su parte, a Michel-Yves Bolloré siempre le “han fascinado las matemáticas en particular, y también me ha interesado mucho la cuestión de Dios, unida a las ciencias. Cuando conocí a Olivier empezamos a hablar de un libro que no existía, es decir, un libro de divulgación para el gran público, y que presentara un panorama general sobre las pruebas de la existencia de Dios, no solo desde un punto de vista científico sino también filosófico, moral, histórico”.

“Lo más interesante de todo esto es que cuando empezamos a hablar estábamos totalmente de acuerdo sobre la definición de lo que creíamos que debía ser este libro que no existía, repito, como un libro de divulgación para el gran público, y con un panorama de 180 grados sobre las pruebas de la existencia de Dios”. “Nunca pensamos que tardaríamos entre 3 y 4 años en escribirlo, porque si lo hubiéramos sabido, quizá hubiéramos decidido no hacerlo, y la verdad es que estamos muy satisfechos, pero sí, han sido tres ó cuatro años de trabajo”.

**“Son pruebas”**  
Tras ahondar en sus comienzos,



Michel-Yves Bolloré y Olivier Bonnassies, durante la presentación de su libro en Madrid.

entramos en materia con esta pregunta: ¿aportan ustedes nuevas pruebas sobre la existencia de Dios? ¿Son pruebas, indicios, evidencias? ¿Consideran que son argumentos consistentes en relación a la existencia de un Dios creador?

Olivier y Michel-Ives se turnan en las respuestas. Contesta Bolloré: "A causa de lo que ocurrió en el pasado con Galileo o con Darwin, los cristianos se han sentido digamos retraídos a la hora de poder explicar todo el razonamiento y los argumentos de su fe, pero creemos que se equivocan porque sobre todo en el siglo XX hemos visto cómo las pruebas están ahí, y son pruebas. La palabra es pruebas, no son índices, no son tesis, son pruebas, y por supuesto hay que adentrarse en el libro para investigarlas".

El Catecismo de la Iglesia Católica en el punto número 31, añade el matemático, "explica que las pruebas de la existencia de Dios se definen como argumentos convergentes y convincentes que permiten tener certezas de su existencia; entonces lo que se hace cuando se comprueban unas pruebas es, efectivamente, poner sobre la mesa todos los argumentos tanto racionales como intelectuales,

para intentar demostrar una tesis. Pero esto no es lo mismo que las pruebas matemáticas, y no hay que confundirlo, porque esas únicamente existen en el universo finito".

Entonces, ¿puede sintetizar las pruebas principales que aportan?, indagamos. Y responde de nuevo Bolloré: "Para resumir, digamos que las dos pruebas principales que hemos encontrado, o más bien recopilado en el libro, son, por una parte que hay un inicio para el espacio y la materia, y por otra parte que hay unos ajustes totalmente extraordinarios de todos los elementos del universo que permiten que haya vida".

"La Iglesia católica enseña que se puede alcanzar el conocimiento de la existencia de Dios a través de la razón y sin necesidad de la fe; y por tanto es una pena ver como hay algunos católicos que desdennan o descartan la apologetica tradicional", añade el coautor.

#### Gráfico del vuelco científico

La historia de los descubrimientos científicos es un asunto en el que han trabajado con denuedo los autores de este libro sobre Dios, la ciencia y las pruebas. "El gráfico que tenemos delante, que está en el interior de la portada del libro, es muy importante para nosotros, porque muestra una evolución", asegura Olivier Bonnassies.

"A través de la historia ha habido pruebas de la existencia de Dios pero llega un momento en el que la ciencia consiguió explicar el universo sin Dios. Dado que la ciencia fue muy poderosa, el materialismo, etc., parecía que esto iba a llevar la

voz cantante de la situación.

Pero llegó un momento en el que la ciencia descubrió otros elementos en los cuales el mundo o el universo no podía entenderse sin Dios como una obligación".

Antes de concluir, los autores responden, sin preparación previa, a dos o tres preguntas, con una sola palabra. Y su compenetración es perfecta. Por ejemplo: 1) Ustedes han abordado la cuestión de la existencia de Dios desde un solo ángulo la razón, con adjetivos: científica, filosófica, histórica... ¿Correcto? "Sí". 2) El universo. Se puede deducir que si habrá un final, como parece, ha habido un principio. ¿Lo hubo? "Sí". 3) ¿Qué dicen los ateos sobre el libro, con el máximo respeto? "Enfadados".

¿Por qué "enfadados"?, preguntamos. "Están muy enfadados, y principalmente los materialistas están muy molestos porque hoy en día no pueden ofrecer ningún argumento sólido para refutar la existencia de Dios. Sus respuestas son totalmente absurdas, porque nunca van a acceder a la existencia de Dios, que para ellos es un tema, digamos, pasional. Su respuesta al problema, el azar, antes podía ser una respuesta, pero hoy en día ya no se sostiene que el azar sea la respuesta".

#### Universo material o Dios creador

Quizá para completar esta idea del materialismo viene bien reflejar dos comentarios que escriben Bonnassies y Bolloré. El primero, inicial, al comienzo del importante capítulo 3: "Acerca del Universo, dos teorías se enfrentan: una teoría materialista, según la cual éste es exclusivamente material, y otra que postula la existencia de un Dios creador". Y la segunda, en las conclusiones: "El materialismo no ha sido siempre más que una creencia; ahora, es una creencia irracional. Siempre podrá existir la libre elección de un gran número de personas; pero será una elección desprovista de todo fundamento racional".

Lo dicen dos ingenieros y empresarios franceses, quienes reconocen que "la Revolución Francesa tuvo una gran influencia en la mayoría del mundo occidental, puesto que uno de sus objetivos, tanto la Revolución Francesa como la República o el inicio de la misma, fue eliminar la religión de Francia, utilizando la ciencia por supuesto, que estaba en expansión en aquel momento. Desgraciadamente fueron muchos otros los países que siguieron a Francia en esa trayectoria". ■



## Miguel Ángel Martínez: “A través de la ciencia se llega fácilmente a Dios”



Entrevista con el médico y epidemiólogo ganador del Premio Nacional de Investigación Gregorio Marañón 2022.

**Miguel Ángel Martínez-González, médico y epidemiólogo, es uno de los científicos más relevantes del panorama internacional. En esta entrevista, nos habla de la relación entre su faceta científica y cristiana, y cómo la investigación es también un modo de servir a los demás.**

—TEXTO *Loreto Ríos*

Miguel Ángel Martínez-González es médico, investigador y epidemiólogo, catedrático de Medicina Preventiva y Salud Pública de la Universidad de Navarra y catedrático adjunto de Nutrición de la Universidad de Harvard. Con la editorial Planeta ha publicado el libro *Salmones, hormonas y pantallas* (2023), entre otros. En 2021 fue incluido en la lista “Highly Cited Researchers 2021” de *Clarivate*, donde se encuentra entre los 6.600 científicos más citados del mundo.

El Ministerio de Ciencia e Innovación le otorgó en 2022 el prestigioso Premio Nacional de Investigación *Gregorio Marañón*.

**¿De qué modo enriquece su actividad científica a su fe, y viceversa?**

—Creo que para un científico, sobre todo cuando uno está en la primera división en investigación, hay muchos peligros que pueden estropear toda su labor, relacionados con el ego, el orgullo, la vanidad, el afán de aparentar, etc. Y esto tiene muy malas consecuencias para el trabajo profesional de un investigador, porque resulta que muchas ve-

ces los investigadores *sénior* quieren estar en todas partes y no dejan a las personas jóvenes que tengan suficiente relevancia y protagonismo, o que puedan continuar a largo plazo su labor.

Plantar árboles de cuya sombra se benefician otros es algo que tengo muy asumido, precisamente por mi fe, porque me parece que está en todo el cristianismo el tema de que es más feliz el que da que el que recibe. Esa actitud de generosidad, de saber ocultarse en muchos momentos y darle paso a otros, que los demás empiecen donde tú has acabado, son valores de la fe que desde luego hacen que la investigación a la larga sea mucho más productiva. Es mucho más eficaz hacer trabajar a treinta que trabajar uno como treinta, pero, cuando el ego se pone por delante, uno quiere estar en todas partes, aparentar, y no deja asomar la cabeza a la gente que está colaborando. Hay que saber dar pasos atrás en los momentos oportunos, sobre todo cuando uno está llegando a la cumbre de su carrera y se le acerca la época de jubilarse. Ese paso atrás hace más productiva la investigación, porque se implica más gente, que cobra protagonismo y coge las riendas.

Y, viceversa, el trabajo profesional enriquece la fe. Profundizar en la biología humana siempre tiene un sentido de fascinación ante cómo funciona el ser humano, sus mecanismos de control, sus órganos, su fisiología, etc. Y eso es muy difícil que no lleve a Dios. Uno descubre unas maravillas realmente impresionantes. Esa fascinación me parece que es una fuerza muy poderosa para acercarse a la fe y a Dios.

Además, a través del trabajo, uno adquiere muchas relaciones con otras personas y ve muchas oportunidades de ayudarles espiritualmente, de tratar de acercarlas a Dios con un afán apostólico que es inherente al cristianismo. He estado con varios de los que han recibido los Premios Nacionales de Investigación para Jóvenes, que se dieron por primera vez el año pasado, y las conversaciones con ellos, de una manera natural, acaba-

ban transmitiendo aspectos de la fe, aspectos que uno tiene dentro por su creencia cristiana. Esto ayuda, y lo mismo cuando tienes un trabajo científico importante, que ocupa mucha parte de tu tiempo. Te da ocasión, sobre todo con tus alumnos, con la gente a la que le estás dirigiendo la tesis o que se está formando contigo como jóvenes profesores, de abrirles horizontes en lo sobrenatural y ver que a través de la ciencia se llega fácilmente a Dios. En todos los temas de estilo de vida y salud pública, que es el ámbito en el que he desarrollado mi carrera científica, ves que al final lo que va en contra de la naturaleza humana perjudica al ser humano. Lo ves con los datos científicos, no solo desde la fe. Meterle al organismo una serie de sustancias que no son propias de los alimentos naturales, o dejarse llevar por una serie de conductas que son fundamentalmente hedonistas, consumistas, acaba produciendo más enfermedades físicas y mentales. De alguna manera, dices: “la Biblia tenía razón”. Con la ciencia al final compruebas que la humildad, la sobriedad, el recto uso de la razón y poner orden en nuestros apetitos concupiscibles repercute en la salud, y, cuando lo ves con los datos de estudios con decenas de miles de personas, te refuerza la fe.

**Entonces, ¿es saludable creer?**

—Sí. En Boston, dos de los que trabajan conmigo en Harvard están colaborando también con el centro de *Human Flourishing* que lleva un catedrático de Harvard, muy prestigioso, converso al catolicismo, que se llama Tyler VanderWeele. Uno de los trabajos más potentes que ha publicado, en una de las mejores revistas de medicina, demuestra cómo la práctica religiosa previene el suicidio. Esto es algo que está constatado con datos empíricos, que tener unas convicciones religiosas y practicarlas reduce los factores de riesgo del suicidio.

Recuerdo que, cuando diseñé el gran estudio de cohortes que tenemos en Navarra hace 25 años en Harvard, con ayuda de los profesores de allí, uno, que no era precisa-



El doctor Miguel Ángel Martínez.

mente muy creyente, me dijo: "Mira, si vas a reclutar a antiguos alumnos de la Universidad de Navarra, donde hay tantos católicos, tira a la baja las tasas de mortalidad, porque se van a morir menos, van a tener menos enfermedades". Y era ateo, pero me decía: "Es que ya tengo mucha experiencia de haber hecho estudios epidemiológicos y veo que cuando la gente tiene más práctica religiosa tiene mejores hábitos de salud, se emborracha menos, se droga menos, tiene menos promiscuidad sexual, van al médico cuando les toca y son más responsables de su propia salud". Al final, cuando una población tiene más creencias cristianas, tiene mejores hábitos saludables, y eso reduce las tasas de mortalidad. Entonces, lógicamente, es un beneficio para la salud.

**¿Su interés por la investigación es solo científico o también una forma de ayudar a los demás?**

—Lógicamente, ayudar es el motor, es abso-

lutamente prioritario. Se lo repito mucho a mis colaboradores y lo procuro tener siempre presente. Hace poco me reuní con un grupo de cardiólogos de Madrid, porque estamos desarrollando un estudio muy ambicioso que me ha financiado el Consejo Europeo de Investigación, y les decía: "Vamos a incorporar un montón de médicos a este estudio, y es posible que pregunten: 'Y si yo apporto pacientes a este estudio, ¿me vais a dar un certificado de participación, me vais a poner en los artículos como investigador?' Y dije: 'Por supuesto, haremos todo esto, pero eso no es lo importante'. Hay que pensar en el servicio que le estás haciendo a un montón de pacientes que tienen un problema al que vamos a darle una solución". También les expliqué que, si un médico explora en Urgencias a un paciente que viene con un dolor en el pecho, le dice que no le pasa nada, y el paciente se vuelve a casa y muere porque tenía un infarto de miocardio y tú no lo habías detectado,

esto es un fallo de medicina que es terrible. Pero en salud pública, si le dices al paciente: "No pasa nada con este hábito", y resulta que luego ese hábito está aumentando en un 10 % la mortalidad, pero lo comparte un 70 % de la población, son millones de muertos los que produces por no hacerlo bien. Lo que hacemos en salud pública tiene unas repercusiones inmensas. A mí me lo decían el otro día en Harvard en una conferencia que di: hace falta mucho sentido de la responsabilidad y mucha valentía para hacer estudios de salud pública, porque están detrás la vida y la salud de millones de personas y, lógicamente, tenemos que ver a Jesucristo en cada una de ellas, lo mismo que en la medicina clínica. Lo que pasa es que, cuando se trata de epidemiología y salud pública, es a gran escala. A lo mejor no se ve de una manera tan inmediata como el paciente al que no le has hecho el electro y se muere de un infarto, pero la realidad es que, con las decisiones que tomamos en salud pública y con las investigaciones que hacemos, podemos estar beneficiando o perjudicando a millones de personas. Y en esas personas tenemos que ver a Jesucristo, porque, si no, hemos perdido el sentido cristiano de la vida.

**¿Cree que en el ámbito científico hay un prejuicio hacia los creyentes, o ya está superado?**

—No, no, el prejuicio existe, y es absolutamente injusto, porque es eso, un prejuicio. La realidad es que hay que tener la perspectiva de que los católicos no somos seres de segunda categoría, y que tenemos el mismo derecho a investigar que cualquiera. No podemos ser personas a las que se nos margine. Ahí hay que hacer también un ejercicio de fortaleza y valentía y no dejarnos arrinconar, no ser timoratos o acomplejados. Creo que los católicos tenemos que tener la convicción de que la fe proporciona una visión más global, complementaria, y que nos hace elevar el punto de mira y ser más rigurosos, precisamente porque tenemos fe. Porque vemos que lo que hagamos aquí tiene una repercusión más allá de esta vida, y eso te da un gran sentido de responsabilidad. Dios me va a pedir cuentas de todo esto. Y la trascendencia más allá de la vida en esta tierra es algo que ayuda a hacer mejor el trabajo profesional, y sobre todo también con la visión de san Josemaría de que ese trabajo es santificable. Entonces, lógicamente, miramos ese trabajo con mucha más solidez que si no tuviéramos fe. ■

# Sociedad de Científicos Católicos

## El necesario encuentro entre ciencia y fe

Nacida en 2016, la *Sociedad de Científicos Católicos* está concebida como un lugar donde los científicos católicos pueden compartir sus conocimientos junto a un foro de reflexión y debate sobre cuestiones relativas a la relación entre la ciencia y la fe católica.

—TEXTO *María José Atienza*

Más de un millar de socios procedentes de 50 países del mundo: esta es la realidad de la *Sociedad de Científicos Católicos* (*catholic-scientists.org*), casi dos lustros después de su creación.

La sociedad nació en 2016 de la mano de Jonathan Lunine y Stephen Barr. Este último es doctor en física teórica de partículas por la Universidad de Princeton y miembro de la *American Physical Society*. Barr destaca para Omnes los motivos que le llevaron a él y a Lunine a poner en marcha esta asociación a través de la que cientos de científicos han asistido a conferencias, junto con docenas de teólogos, filósofos e historiadores: *"En 2015, un eminente astrofísico, Jonathan Lunine, converso a la fe, me dijo que su párroco le había sugerido fundar una organización de este tipo. Yo mismo había estado pensando en ello durante mucho tiempo. Teníamos varios motivos. Uno era mostrar al mundo que la ciencia moderna y la fe católica están en armonía. Un segundo era fomentar la comunión espiritual e intelectual y el compañerismo entre los científicos católicos. Los científicos religiosos y los estudiantes de ciencias pueden sentirse aislados, aunque de hecho son muy numerosos, porque a menudo no saben de la existencia de*

*los demás. Un tercer motivo era crear un lugar en el que las personas que tuvieran preguntas sobre el tema pudieran encontrar información de calidad y debates sobre cuestiones de ciencia y fe"*.

Stephen Barr, miembro de la Academia de Teología Católica y a quien el Papa Benedicto XVI le concedió la Medalla Benemérita, asevera que *"la fe y la ciencia tienen mu-*

*chas de las mismas raíces: un sentimiento de asombro ante la existencia del mundo y su belleza y orden, la convicción de que existen respuestas últimas y de que la realidad tiene sentido, y la creencia de que los seres humanos tienen la capacidad de llegar a la verdad y la obligación de buscarla. La fe y la ciencia se complementan mutuamente, es una buena manera de decirlo. San Juan Pablo II dijo*

que la ciencia nos muestra cómo funciona el mundo, mientras que nuestra fe nos dice qué significa el mundo. El difunto rabino Jonathan Sacks también lo dijo. Pero las cuestiones que abordan la ciencia y la religión se solapan en algunas áreas, especialmente cuando se trata de la naturaleza de los seres humanos, ya que formamos parte de la naturaleza a la vez que la trascendemos”.

¿Por qué parece, a día de hoy, que es incompatible el rigor científico con la fe religiosa? Barr subraya, a este respecto, que *“fuera de las matemáticas puras es difícil encontrar pruebas rigurosas. En las ciencias naturales, por ejemplo, no se habla de demostrar teorías, sino de encontrar pruebas confirmatorias. En cuanto a las premisas ateas y materialistas que se encuentran en muchos círculos académicos, creo que a menudo son el resultado de prejuicios intelectuales no examinados o de ideas erróneas heredadas, aunque no en todos los casos, por supuesto. Los intelectuales no son inmunes al ‘instinto de rebaño’. A pesar de todo, hay muchos académicos que son religiosos o sienten respeto por la religión”*.

### Conocer los avances científicos

Junto a las ideas y prejuicios con las que muchas personas se acercan a la ciencia, la información sobre estas materias peca, en muchas ocasiones de reduccionismo, simplismo o incluso pleno desconocimiento.

En una entrevista concedida a Omnes, Enrique Solano, presidente de la rama española de la Sociedad de Científicos Católicos destaca que *“se necesitan científicos católicos brillantes, pero también se necesitan divulgadores que establezcan un puente entre el saber especializado y las personas a pie de calle”*. Una necesidad evidente puesto que *“la desinformación también desempeña algún papel en esta supuesta guerra entre ciencia y fe”* apuntar su parte, Stephen Barr, que señala además cómo *“la idea de que la religión ha estado perpetuamente ‘en guerra’ con la ciencia ha sido muy perjudicial para la credibilidad de la religión. Pero los historiadores contemporáneos de la ciencia están de acuerdo en que esta ‘tesis del conflicto’ es un mito generado en gran medida por las polémicas de finales del siglo XIX”*.

Una de las tareas clave de la Sociedad de Científicos Católicos es, de hecho, la de ayudar a la divulgación científica y ofrecer a los medios fuentes solventes en los diversos campos de la ciencia.

Como apunta Barr: *“Mucho de lo que se presenta a la gente sobre la ciencia en los medios de comunicación populares -incluso algunos medios de divulgación científica- es superficial, o chapucero, o confuso, o exagerado. Me parece que los católicos y otras personas quieren saber cuál es la verdadera historia”*.

### ¿Miedo a la ciencia?

Quizás uno de los asuntos más espinosos en este “debate” entre ciencia y fe es el miedo, que aún subyace en el fondo de muchos de los planteamientos de personas creyentes, especialmente sin la formación adecuada, de que la ciencia “robe la fe”. Son muchos los artículos y sesiones sobre este particular que se han publicado y ofrecido a través de la Sociedad de Científicos Católicos.

En este sentido, Barr subraya que *“a la gente se le ha enseñado que los grandes avances de la ciencia generalmente han derrocado ideas que antes se consideraban ‘intuitivamente obvias’, ‘evidentes’ y cuestiones de ‘sentido común’ y han demostrado que eran ingenuas. Pensemos, por ejemplo, en las ideas revolucionarias de Copérnico, Darwin, Einstein y los fundadores de la mecánica cuántica. En consecuencia, muchas personas viven con el temor de que la ciencia pueda, en cualquier momento, hacer algún gran descubrimiento que demuestre que nuestras convicciones más profundas y nuestras ideas más preciadas son igualmente ingenuas”*.

Un ejemplo reciente: *“Cuando la gente se enteró de que se había descubierto algo llamado la partícula de Dios, imaginaron que se suponía que hacía las cosas que tradicionalmente se había pensado que hacía Dios. En realidad, la partícula de Higgs no es más parecida a Dios que los electrones o los protones, y los físicos se ríen del término partícula de Dios y nunca lo utilizan”*.

Una vez más, aquí emerge de nuevo la necesidad de una formación y una información de rigor en el campo científicos: *“Quizás los creyentes se pondrían menos nerviosos si comprendieran que algunos de los grandes avances de la ciencia moderna han apoyado en realidad ciertas nociones tradicionales que se habían visto amenazadas por una ciencia anterior. La ciencia sigue un camino sinuoso, pero los católicos tienen motivos para confiar en que, a la larga, no se alejará de Dios, que creó el mundo que estudia la ciencia”* concluye Stephen Barr. ■

## Ciencia y creencia



**Stephen Barr**  
PRESIDENTE DE LA  
SOCIEDAD DE CIENTÍFICOS  
CATÓLICOS DE ESPAÑA

“Uno de los mejores físicos del mundo en la actualidad, Juan Martín Maldacena, que creó una revolución en la comprensión de la relación de la teoría cuántica y la gravedad, y que en ciencia tiene una consideración a la altura de Hawking, es miembro de la Sociedad de Científicos Católicos. También se puede señalar a eminentes científicos contemporáneos de otras confesiones. Decenas de premios Nobel han sido religiosos”.



**Benedicto XVI**  
DISCURSO A LA ACADEMIA  
PONTIFICIA DE LAS CIENCIAS

**“La Iglesia está convencida de que la actividad científica en última instancia, se beneficia del reconocimiento de la dimensión espiritual del hombre y de su búsqueda de respuestas definitivas que permitan el reconocimiento de un mundo que existe independientemente de nosotros”.**



**Enrique Solano**  
PRESIDENTE DE LA  
SOCIEDAD DE CIENTÍFICOS  
CATÓLICOS DE ESPAÑA

“Es necesario que el científico católico esté presente en el debate social. Y, para ello, los medios de comunicación son absolutamente imprescindibles como elemento amplificador”.